

Aportaciones heterogéneas

El 21 de febrero de 1984, hace más de 33 años, fue fundado el Centro Universitario de Investigaciones Sociales (CUIS) de la Universidad de Colima, con dos programas de estudio: Cultura y Humanidades. Desde el primero de sus directores –Fernando Alfonso Rivas Mira (1984-1989), hasta Karla Y. Covarrubias (desde 2012 a la fecha)–, el centro se ha caracterizado por “la heterogeneidad en las perspectivas de sus investigadores [...] comunicólogos, historiadores, antropólogos, sociólogos, politólogos, filósofos, educadores y literatos”, incrustados todos en un panorama multidisciplinar que originalmente contemplaba, además del Programa Cultura, otros enfocados al estudio de Estados Unidos y Canadá, el Desarrollo Académico, la Región, las Humanidades y la Política.¹ El actual escenario disciplinar está conformado por estudios en Ciencias de la Comunicación, Historia, Antropología Social y Filosofía, dentro de los programas vigentes de Cultura e Historia. Sea como fuere, al CUIS no podría entenderse sin su órgano de difusión científica, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas. Revista de investigación y análisis*, misma que el año pasado festejó sus tres primeras décadas de vida, habiendo pasado por tres diferentes épocas de publicación: primera, números 1-18, 1986-1994; segunda, números 1-36, 1995-2012 y tercera, números 37-45, 2013-2017. Dentro de este lapso de tiempo se han publicado tres números especiales –2013, 2015 y 2017–, todos en la tercera época.² Durante todo este tiempo, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* ha funcionado como “un espacio editorial para la publicación de trabajos originales de investigación o de reflexión teórica y metodológica en relación con la cultura contemporánea”, desde un punto de vista “histórico, sociológico, antropológico, semiótico [y] filosófico”.³

1. Cfr., “Historia”, Centro Universitario de Investigaciones Sociales, Universidad de Colima, <http://portal.ucol.mx/cuis/historia.htm#historia>, consultado el viernes 02 de junio de 2017.

2. No puedo dejar de señalar la generosidad de *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* con sus lectores. A pesar de que la totalidad de los números publicados –ordinarios y especiales– pueden ser leídos y descargados en línea, desde la URL <http://www.culturascontemporaneas.com/antecedentes.php?page=11>, es posible hacerse de una colección impresa, gracias a que *ESCC* “ofrece la donación de los números publicados disponibles de su colección 1986-2015 [...] El único requisito es que los interesados cubran los gastos de envío por paquetería”. Para conocer a detalle los requerimientos, cfr., “Promoción Nacional”, Centro Universitario de Investigaciones Sociales, Universidad de Colima, <http://www.culturascontemporaneas.com/promocion.php>, consultado el sábado 03 de junio de 2017.

3. Véase, “Quiénes Somos”, Centro Universitario de Investigaciones Sociales, Universidad de Colima, <http://www.culturascontemporaneas.com/acercas.php>, consultado el viernes 02 de junio de 2017.

No tiene caso repetir aquí la información sobre la importancia e historia de las temáticas desarrolladas en la revista. A los lectores interesados en avizorarlas no puedo dejar de recomendar las presentaciones de los dos últimos números: 43 y 44 a cargo de Esteban Krotz (Universidad Autónoma de Yucatán) y Gunther Dietz (Universidad Veracruzana) respectivamente, así como los espléndidos materiales producidos por el Centro: videoconferencias y entrevistas disponibles en línea, mismos que dan cuenta de “las distintas visiones sobre las aportaciones de origen de *ESCC*, los distintos caminos académicos andados, [...] sus campos de reflexión y análisis como una revista de calidad [...] su impacto académico para la investigación en Ciencias Sociales y Humanidades [...] así como] las aportaciones [...] temáticas publicadas [...] y su impacto en campos de conocimiento interdisciplinarios”.⁴ Finalmente, no huelga decir que si la reflexividad es uno de los quehaceres más relevantes en la trayectoria de *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, habría dos tareas pendientes para la revista y el centro universitario que la alberga. Dichas tareas no serían otras, que la consecución de sendas historias sobre sus respectivas trayectorias.

El número 45 de la tercera época de *Estudios Sobre las Culturas Contemporáneas* abre con el artículo “Política, gestión y recursos culturales institucionales en Machala, Ecuador”, escrito por José Manuel Castellano Gil, Enrique Espinosa Freire y Claudia E. Alcívar Galarza. Sus autores intentan proporcionar información que “ayude en el proceso de toma de decisiones [...] en el establecimiento de políticas culturales”, dentro del cantón Machala, cabecera provincial de El Oro, República de Ecuador. El texto analiza las “instituciones públicas generadoras de actividad cultural en el cantón” y los resultados del I Foro de Desarrollo Local: Presente y Futuro de la Cultura en Machala. El diagnóstico – cercano al panorama de la cultura en los municipios mexicanos (y muy probablemente al de

4. Cfr., “Videoconferencias y videoentrevistas del 30 aniversario de *ESCC*”, Centro Universitario de Investigaciones Sociales, Universidad de Colima, <http://portal.ucol.mx/cuis/galeria.htm>, consultado el viernes 2 de junio de 2017. En esta misma URL puede accederse a la totalidad de los materiales, mismas que incluyen cuatro videoconferencias “con expertos del campo editorial de Estados Unidos, Europa y América Latina” y quince entrevistas con investigadores expertos, a saber: Jorge A. González Sánchez (UNAM), Jesús Galindo Cáceres (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), Gunther Dietz (Universidad Veracruzana), Esteban Krotz (UAM), Patricia Almaguer Calixto (Universidad de Zaragoza), Marta Rizo García (UACM), Priscila Perazzo (Universidad Municipal de Sao Caetano do Sul), Heriberto López Romo (Instituto de Investigaciones Sociales SC), Genaro Zalpa Ramírez (Universidad Autónoma de Aguascalientes), Ksenia Sidorova (Universidad Autónoma de Yucatán), Gisela Ignacio Díaz (Universidad Mesoamericana), Miguel Acosta Valverde y José Amozorrutia (UNAM), Raúl Fuentes Navarro (UdeG), David Oseguera Parra (Universidad Autónoma de Chapingo), Karla Covarrubias Cuéllar, Ana B. Uribe Alvarado, Ma. Guadalupe Chávez Méndez, Genaro Zenteno Bórquez, Miguel Ángel Ávila García y Amaury Fernández Reyes (Universidad de Colima).

otras localidades latinoamericanas)— nos hace pensar que la propuesta de intervención podría ser aplicada a otras latitudes, priorizando que a las mesas de análisis y diagnóstico sigan acciones concretas e inmediatas, bien planificadas, a corto y mediano plazo.

El ensayo “Campeche como constructor simbólico del patrimonio cultural. Análisis de dos desfiles regionales”, de Juan Miguel Sarricolea Torres, interpreta “las funciones simbólicas” de los desfiles del día de la campechanía y de la algarabía campechana. Ambos emergen como escenificaciones del patrimonio cultural local y de la historia oficialista al servicio de las clases dominantes que detentan el poder político. A través de un recorrido por los estudios sobre el patrimonio cultural, Sarricolea Torres muestra las tensiones entre lo que el gobierno y las instituciones han denominado patrimonio cultural y lo que los individuos y comunidades conforman como patrimonio. Se hace hincapié en las subjetividades de las *diversas construcciones alternativas*, dando cabida a las *construcciones emergentes* y al *patrimonio pluricultural*. Las entidades federativas —y al interior de éstas sus regiones— seleccionan ciertos rasgos culturales como patrimonios, al amparo de “grupos políticos e intelectuales dominantes”, quienes hacen del paisaje y el patrimonio “mercancías”, “aceptadas por los pobladores y turistas”. Los desfiles objeto de estudio se constituyen en escenificaciones de una *comunidad simulada*. Las características y elementos de los desfiles son organizados y articulados por “instancias gubernamentales y escolares” y en ellos sólo participan sus miembros. La población es espectadora y receptora. Los desfiles legitiman el poder, “creando un sentido de unidad a través de la escenificación homogénea del patrimonio cultural regional”. Con el *refuerzo*, la *inversión* y la *liminalidad*, se crea “un contexto extraordinario, diferente al de la vida cotidiana”, en el que todos los participantes son campechanos, a pesar de que en el desfile “es posible encontrar [a] los sectores socioeconómicos tal cual están en la vida ordinaria de la ciudad”. En este *rito histórico de paso*, la *comunidad imaginada* y el *ser campechano* ocultan realidades que “podrían constituirse [en] formas de asociación comunitaria”, capaces de reinventar el patrimonio cultural, para dar cabida a “la diversidad de expresiones identitarias y patrimoniales de [...] más [...] grupos sociales”.

“Laberintos de colores: juventud, subjetividad y cultura política en la sociedad de la información”, es un texto de Enrique Hernández García Rebollo, donde se aborda el fenómeno de los “procesos de subjetivación” de las juventudes “en el contexto de la emergencia de la sociedad de la información”. Hernández García sostiene que las industrias culturales —sirviéndose del internet— han constituido nuevos imaginarios colectivos.

Además de “las formas clásicas de participación política”, asistimos al fenómeno de la “estetización de fenómenos de la vida cotidiana, la expropiación, modificación y diseminación de imágenes con gestos humorísticos (los memes como paradigma)”, donde cada vez tiene mayor importancia “la publicación en redes” de aspectos de la vida privada, adquiriendo “significación [...] en la forma en que se posicionan en el espacio público que es internet”. Ahí, la *extimidad*, “necesidad imperiosa de publicar aspectos de la vida privada en una [...] reconfiguración [...] de la identidad”, cobra especial importancia. Coleccionar “amigos”, se convierte en una “obsesión relacional”. Se quiere “estar en las redes sociales, ser popular en las mismas, obtener ‘likes’ constantemente”. Lo “político” se redimensiona. Cualquiera posee “una voz pública ante una audiencia” que lo vuelve “objeto de una visibilidad mayor”. Dicha realidad “virtual” es “complementaria” del mundo cotidiano. Lo que podría pensarse como despolitización ha derivado en el reconocimiento de que la imaginación juvenil es “combustible para la acción social”. Los jóvenes experimentan “nuevas formas de ser” que desembocan en procesos sociales y políticos. La conexión es “un dispositivo simbólico para controlar la incertidumbre, un espacio de vida [...] visibilidad y trascendencia social [...], un ámbito de consuelo y manipulación de la biografía, [...] estrategia de cohesión familiar [...], parte intrínseca de las identidades juveniles contemporáneas”. Los dispositivos se han convertido en prótesis para la vida. Estamos ante una revolución similar a la de la imprenta. A pesar de que la brecha digital crea “nuevas formas de exclusión”, la experiencia humana adquiere facetas que hacen más extensa y profunda su complejidad. En la sociedad de la información, las subjetividades juveniles se expresan en las redes sociales, donde -como quedó demostrado en México con el movimiento #Yo soy 132- se puede observar “una mutación en las formas de participación política y apropiación de espacios y regímenes de visibilidad”, donde “convergen las esferas públicas y privadas [...] a la hora de insertarse como voz de manifestación política”. En estas “nuevas” formas de participación están presentes “las lógicas del carnaval, los disfraces irónicos y la confluencia de múltiples identidades”. Ante la falta de oportunidades y un mundo que ofrece “desempleo, pobreza, enfermedad, sufrimiento y vulnerabilidad social” con una alta “sensación [...] de desamparo e incertidumbre”, los jóvenes producen, almacenan y distribuyen signos y símbolos expresados en las “formas del desencanto”: “nuevas formas de emergencia política” y “respuesta a las grandes contradicciones, incertidumbres y vulnerabilidades que ha generado el modelo económico”. Los jóvenes de hoy capitalizan formas contestarias ante los poderes fácticos, expresadas en la unidad básica de información cultural de la época -los memes- que aún

imagen, palabra y emoción. Ejemplo magistral de esta subversión habría sido el ya referido movimiento #Yosoy132, cuyo “artivismo” exitoso sumó redes privadas y públicas en una lógica carnavalesca, que puso en alerta al *establishment* de la época. Si “lo personal es político”, estas prácticas juveniles anti-institucionales, con sus lógicas horizontales, son extremadamente políticas y la inversión no deja de ser brutal: el espíritu publicitario y las formas estéticas que seducen a los consumidores son usados “para cuestionar aspectos sociales mediante expresiones que [...] se asientan en las redes sociales”. Estamos ante la respuesta juvenil a la desolación y la incertidumbre social, educativa y económica.

En “Transformaciones histórico-económicas e identificación de rasgos culturales en una sociedad de consumo. Monterrey y su Área Metropolitana”, Ania Chávez Amavizca y María Estela Ortega Rubí, analizan “la dinámica de algunos factores psicosociales en la orientación del consumo de bienes, en el contexto socio-cultural de un grupo” en “dos etapas de transformaciones histórico-económicas”. Las autoras asumen que el consumo responde a necesidades biológico-evolutivas y a “aspiraciones generadas socialmente”. Los bienes comunican. Poseen asociaciones simbólicas de distinción e identidad. Al dar cuenta de la emergencia del capitalismo industrial en Monterrey, entre 1850 y 1890, Chávez Amavizca y Ortega Rubí informan cómo la conformación de las actividades comerciales, los lazos con Texas, los servicios financieros y la apropiación de tierras aunadas a la eclosión minera y el sistema de ferrocarriles, consolidaron proyectos que contribuyeron a la industrialización de la ciudad. Las procesadoras de minerales convirtieron a Monterrey, un punto neurálgico de la metalurgia, detonando la producción de bienes para el mercado regional, expresada en las más de 100 empresas que se abrieron en la última década del siglo XIX. Durante esta época se configuran las relaciones del trabajo industrial, así como las figuras del obrero y el patrón, caracterizadas por “las conductas de obediencia [...] al margen de conflictos sociales”. En el marco de una práctica paternalista, los patrones “ofrecieron diversas formas de protección a sus empleados”, con base en la doctrina social cristiana y “un sistema de valores sobre la empresa, el trabajo, la familia [...] y la religión católica”. Conscientes de su posición, la “clase empresarial continuó articulándose a partir del matrimonio”, adquiriendo “características de comunidad y solidaridad que [le] permitieron cuidar intereses”. Conforman “clubes sociales”, asiste a eventos y ostenta bienes de consumo “símbolo de estatus y aceptación”. Simultáneamente, la clase media intenta “gastar más allá de sus posibilidades” buscando dar “una impresión favorable a posibles patrones, clientes o parejas”. Entre 1920 y hasta el inicio y fin de la segun-

da guerra mundial se sentaron las bases para un segundo auge industrial, acaecido entre 1940 y 1970. Las familias tradicionales de empresarios se unieron en grupos industriales, con una ideología emanada de la doctrina social cristiana, que los protegía de las doctrinas laborales socialistas. La ideología empresarial fue ampliamente difundida en periódicos y estaciones de radio, preconizando posturas conservadoras. La empresa y el trabajo industrial desarrollaron una cultura laboral de colaboración subordinada, aprovechando los cimientos paternalistas sembrados con anterioridad, para desembocar en una “forma de dominación en la relación salarial”. La clase media, obnubilada por intereses de vida altos, heterogénea y sin intereses en común, suspiraba por la movilidad social. De manera simultánea a la cultura del ahorro y la austeridad se manifiesta una sociedad opulenta, la cual aumenta sus niveles de vida al masificarse el consumo. El surgimiento de las prácticas de comercio fronterizo fue acompañado por la adquisición de bienes suntuarios gracias al crédito que ofrecían las compañías. Las autoras hacen notar cómo los viajes a la frontera eran para “ahorrar”. En la crisis de 1982 y en el paso a una economía abierta y global los grupos industriales de Monterrey “mostraron gran capacidad de adaptación” al abaratar el trabajo asalariado y precarizar el empleo. La tradición de subordinación explicaría la “nula resistencia por parte de los sindicatos”. Con ello, “el trabajo fue perdiendo fuerza como fuente de identidad para el regiomontano” y se reconfiguró en un “esquema de competitividad, individualismo y hedonismo”. A pesar de la mayor competencia e inseguridad social, las “representaciones sociales y el paternalismo” subsistirían como una “forma de control en las relaciones laborales”, reproducidas en la dominación masculina al interior de la familia regiomontana. Ante la disponibilidad de bienes, “las asociaciones simbólicas del producto y la marca adquir[ieron] mayor relevancia como elementos de distinción”, al desvincularse de “su valor de uso”. A los tradicionales valores representados por la empresa, la familia, la fe, el trabajo y el ahorro, se sumaron la competitividad, el consumo simbólico, la riqueza y la identidad a partir de la imagen y el estatus. El regiomontano se había reinterpretado a sí mismo y a su realidad. Esta realidad se justifica por la competitividad y el individualismo que preconiza el éxito personal en una economía que “emula una moral hedonista”.

En “Procesos reflexivos personales y grupales implicados en la realización de estudios con enfoque metodológico cualitativo”, Teresa Margarita Torres López, discurre en torno al modelo interpretativo en el enfoque enunciado. El modelo hace énfasis en la reflexividad del investigador sobre sí y sobre la investigación que realiza: “consciencia auto-crítica en

el proceso [...] que garantiza la integración y la operación dialéctica de las distintas etapas” investigativas. Nuestra autora sostiene que el estudio de los grupos debería reconocer que están formados por “individuos” que comparten “un marco social y” un entramado cultural, cuyos significados “tienen un referente” ligado “al pensamiento colectivo”. Por tanto, el estudio de la reflexividad, sería “el estudio de la cultura de los investigadores [...] y sus equipos de trabajo”. Con el fin de avizorar fortalezas y debilidades, Torres López se decanta por las teorías psicodinámicas y sus herramientas para analizar “los procesos individuales y los procesos grupales [...] a lo largo de [la] investigación”. La vigilancia de dichos procesos sería fundamental si se pretende alcanzar la reflexividad. Su asunción, implicaría ejercer la observación-interpretación durante toda la investigación y hasta la redacción del informe, generando nuevas preguntas para ulteriores averiguaciones.

Nuestro artículo metodológico, a cargo de Patricia Ayala García, versa sobre “La historieta como herramienta educativa en la iniciación artística de niños y niñas de comunidades rurales”. La historieta, entendida como “mezcla ideal de representaciones visuales y lenguaje escrito para contar una historia”, es vista como una herramienta “en la iniciación artística de los niños y jóvenes [...] con acceso limitado a las artes visuales urbanas, escolarizadas o museográficas”. Superado el estigma que sufrieron los cómics, la autora justifica su uso a través del Plan de Estudios de la Educación Básica mexicana, habida cuenta de que en él se estipula que “el desarrollo de las competencias artísticas y culturales están presentes en la creación de historietas”. En el Taller Itinerante de Historieta llevado a cabo en cuatro comunidades rurales de Colima, México, en 2011, los participantes aprendieron a crear personajes, entornos y circunstancias, con base en sus hábitos, sueños, realidades e historias. En tres sesiones de tres horas, los talleristas de 8 a 15 años, comprendieron la estructura, secuencia y reglas de la historieta y a representar las emociones de sus personajes con flexibilidad y movimiento. La mayoría de los cómics analizados, habría logrado expresar emociones, con una estructura respetuosa del género, no exenta de influencias. Además de la importancia de la herramienta en la iniciación artística, la actividad habría sido capaz de generar varias acciones formativas entre las que destacaría, la valoración social de los pequeños como creadores.

Cruz Alberto González

5 de junio de 2017